

VI

Veo por tu última carta, mi querida Julia, que necesitas poner en práctica una amable máxima de San Pablo: esta máxima, que yo desearia escribir en el sitio más visible de la habitacion donde se reune cada familia, dice estas solas palabras:

SOPORTAOS MUTUAMENTE.

El domingo último, tu marido y tú preferisteis á ir comer á casa de la madre de aquel, á comer solos, mano á mano, en el elegante gabinete de la mejor fonda de esa poblacion: por la noche hallaste afligida á tu madre política, y esto te pareció injusto; poco despues entró la hermana de tu marido y te reconvino con alguna dureza por haber admitido una criada

que ella, segun dice, tenia ya casi recibida; y tú, que ya tenias el ánimo mal dispuesto por el triste y frio recibimiento de tu madre política, te enfadaste, respondiste tambien ágricamente á la hermana de tu esposo, y te retiraste mucho antes de la hora acostumbrada.

Desgraciadamente, mi querida Julia, has dejado detrás de tí una semilla de amargura que pudiera producir tristes frutos, si no te dieras prisa á recogerla; arrojándola lejos de tí y de los que debes amar por amor á tu marido.

Soporta, hija mia, soporta esos pequeños disgustos con dulzura y bondad; haciéndolo así, ganarán tu dignidad y tu dicha; soporta las susceptibilidades de tu madre política, pensando en lo que le debe Eugenio, del cual ha hecho un hombre distinguido, á fuerza de sacrificios y de vigilancia! ¿Qué mayor prueba de amor puedes dar á tu marido? ¿y cómo has de dejar de dársela pudiendo.

Sufre igualmente con caridad, y hasta con compasión, las sinrazones de Cecilia, tu hermana política; pero ten cuidado de que no trasluzca ni la compasion ni la caridad: trata de ganarte su amistad por el irresistible ascendiente de la bondad, de la igualdad de humor, y de la facilidad en el comercio de la vida.

Eres sincera y verdaderamente piadosa, hija mia; hé aqui, pues, llegado el momento de hacer honor á la religion, demostrando sin afectacion á tu nueva familia, todos los cariñosos y buenos sentimientos que te inspira!

Busca en tu biblioteca un precioso libro que

yo te he dado, y que se llama: *Cartas de San Francisco de Sales*, y busca el pasaje que dice:

“Vuestra familia amará vuestra devoción, si os vé más cuidadosa de su bienestar, más dulce en las ocurrencias de los negocios, más amable en las reprensiones, mejor por todos estilos: vuestros esposo, la amará también, si os vé, á medida que vuestra devoción crece, más cordial respecto á él, y más dulce y suave en vuestro amor: vuestros parientes y amigos la amará igualmente, si reconocen en vos más franqueza, tolerancia y condescendencia á sus voluntades; en fin, es preciso que hagais vuestra devoción lo atrayente y provechosa que os sea posible.” (1)

Reflexiona, Julia mia, lo que debes hacer para atraerte á Cecilia, y tu corazón te inspirará: no hables del incidente que tuvo lugar entre vosotros á tu marido: no le atormentes haciéndole ver los defectos de los personas que le tocan tan de cerca. Hoy, bajo la impresión del amor que le inspiras, tomaría tu partido, acaso con demasiado calor; pero más tarde te culpará el haberle mezclado á esas discusiones, que un poco de prudencia hubiera podido cortar en su origen.

Haz de manera que sea siempre para su madre, lo que ha sido hasta aquí, un hijo respetuoso; procura que su madre no se aperciba de su matrimonio, más que porque tiene otra hija que la ame.

(1) Carta á la señora presidenta Brulart, inserta en el tomo, y una de las más dulces y tiernas de este Santo.

Los resentimientos ajenos, hija mia, y sobre todo, los de la propia familia, dejan en nuestra vida, como una ola amarga, que nos arrebatara la dulzura de todo goce. Pón de tu parte todo lo que puedas, para evitar esa amargura: que la desigualdad y la aspereza del ca-

Yo lo sé: lo impide la falta de valor, y ese terrible *¿qué más dá?* que domina á tantas esposas.

No seas tú cobarde de esa suerte, Julia: la mujer casada no necesita hacer heroicidades, pero sí necesita ser valerosa en pequeñas proporciones, por decirlo así, aunque continuamente; valor se necesita para vestirse sin gana, para peinarse con esmero, para contener un movimiento de mal humor, para ahogar entre los labios una palabra dura; pero este valor tiene su recompensa, y constituye, á la vez, una gran virtud y una grande habilidad, siendo como la columna que sostiene el edificio de la dicha doméstica.

Si tu marido se descompone, si se enoja, si dice alguna palabra dura ó grosera (lo que no será extraño, por que los hombres son más débiles que nosotras, y se dominan menos), no le imites, sino corrigele con decoro y con cierta dignidad dulce, que le dejará más avergonzado que los más amargos reproches.

Tuya de corazón.

FELICIA.

si
dul
ama
tilos
vé,
r

V.

Te quejas, mi querida Julia, de la afición de tu marido á la sociedad y del gusto que manifiesta de verte figurar en ella, y yo aplaudo ese gusto: la misantropía no conduce á nada bueno, y el que se olvida en absoluto de los demás, es tambien olvidado muy pronto.

La determinacion de Eugenio de recibir un dia á la semana, y de dar un té en ese dia, debe serte agradable: no se tiene lo que se llama *buenas relaciones* sin molestarse un poco, y el tener esas relaciones es muy conveniente para el bienestar de tu casa y para tu dichoso y tranquilo porvenir.

Sin dinero nada se hace en el mundo, y el ganar dinero, único modo legal de poseerlo para el que ha nacido sin rentas, cuesta algun sacrificio y algunas penas.

Una pequeña reunion cordial, escogida y elegante, es mucho más agradable que esos grandes círculos donde el espíritu y el cuerpo se fatigan á la vez, porque se asiste á ellos en horas incómodas, y porque parece que cada uno hace allí alarde de ocultar, bajo el velo de la frivolidad, el entendimiento que ha debido al cielo.

No es tan difícil, como generalmente se cree, el tener algunos buenos amigos cuya compañía sea grata: con un poco de tolerancia, con un poco de gusto artístico, acaso tendrás en tu salon más concurrentes de los que desees, pues la sociedad no ofrece muchos círculos inteligentes á donde se pueda concurrir con el deseo de esparcir el pensamiento.

Procura que tu salon esté á la vez *confortable* y elegante, y que cada uno de los concurrentes halle en él algun detalle que le agrade: en la bella estacion en que estamos, poco fuego en la chimenea bastará para que se note una temperatura cálida y agradable; que haya en la meseta dos jarrones con flores frescas, puestas el dia mismo de la recepcion, pues nada es más triste á la vista que las flores marchitas.

Un saloncito de confianza, perfumado con un aroma elegante y bien cerrado con gruesas cortinas que caigan delante de las puertas y balcones, para atraer la dulce y expansiva confianza, las íntimas y sabrosas conversaciones.

Procura que esté bien alumbrado, sin que sea tanta su luz que le dé las apariencias de

salon de baile: hay ciertos detalles que prestan carácter à las habitaciones; nada de luz en el techo, à no ser que sea la de una lámpara de cristal blanco en forma de globo, y que contenga la de una vela; otras dos lámparas altas de cristal de Bohemia sobre la chimenea, y otra en cada rinconera, bastarán para dar à la estancia un alumbrado modesto y alegre à la vez, incluyendo en él las dos bujías del piano.

Una mesa redonda y bastante grande en el centro del salon, es el mueble más indispensable: allí debe haber otra lámpara; allí deben estar los periódicos del dia, los semanales y alguno de los libros nuevos que se publiquen, ya que no puedan ser todos; porque el principal encanto de un salon es que se vean en él la vida intelectual y la artística, para olvidar la prosa de las horas del trabajo.

Otra mesita para el té y para ordenar una partida de tresillo, debe hallarse à un extremo del salon: algunas personas de edad madura, poco inteligentes en artes, hallan en una partida de juego su diversion favorita, y es justo atender à los gustos de todas las edades.

Hasta las nueve y media, poco más ó ménos, sostendrás tú, ayudada de tu marido, la conversacion en general, aparte de las particulares que pueda haber; pues en una reunion donde reina la cordial y amable confianza, cada uno se sienta al lado de la persona que le inspira más simpatía y con ella habla, sin perjuicio de mezclarse en lo que hablan los demás.

Hora y media es preciso para que vayan llegando todos los concurrentes, pues hasta las ocho no irán los que lleguen más pronto.

De nueve y media à diez se servirá un té modesto: la prodigalidad de dulces y pastas ni es de buen tono, ni necesaria en una reunion sin pretensiones. Té con leche y dos clases de pastas y bizcochos, es todo lo que debes ofrecer, advirtiéndote que las tazas, para ser elegantes, deben ser pequeñas y blancas, con filete de color y perfiles de oro.

rácter, no nazca de tí, sino de los otros: por mucho que lo ocultes à tu marido, él verá la verdad. agradecerà tu prudencia, y si su amor no puede acrecerse, crecerà de seguro su estimacion para tí, al comprender que sabes sufrir noblemente.

Para reconciliarte con Cecilia escríbele al instante, diciéndole que la esperas à comer con su marido, y suplicándole no olvide su arpa: ya sabes que la toca como el rey David, y que canta como un ángel, aunque no lo sea por su carácter; pero ¿qué remedio? tomemos lo que hay en ella de bello y de bueno, y hagamos más que perdonar lo malo: ¡olvidémoslo!

Iràs tú misma à invitar à la madre de Eugenio, diciéndole que quieres compensarte de la privacion de no haber comido con ella el domingo último Eugenio y tú: yo te respondo de que te recibirá muy cariñosamente: los ancianos somos como los niños: al principio y al fin de la vida es cuando más ansiamos que nos quieran.

Que en la mesa haya flores, y el aspecto de una fiesta, la fiesta de la paz y de la union de la familia; Eugenio será dichoso al verse en medio de los suyos. Cecilia lo será tambien, porque podrá lucir su belleza, un lindo traje, y su grande y encantador talento musical; y la madre te agradecerá los triunfos de sus hijos.

Devuelve á Cecilia esa criada objeto de la cuestion, y que al llegar á tu casa debiste despedir, bajo la pena de pasar por una gran egoista: ¿cómo es posible que hayas podido guardar un solo instante en tu casa, una muchacha lijera, y cuya falta de formalidad te ha ocasionado un disgusto de familia? ¿no has comprendido que era la mejor, y la más pronta satisfaccion que podias dar á Cecilia? ¿ò es que por egoísmo, por tener quien te sirviera, por no trabajar tú un poco más, has olvidado aquellas consideraciones?

Ten entendido, Julia, que el que no sufre á su tiempo un poco, sufre despues mucho más, y deplora su falta de fortaleza; la invitacion para la comida, debe ser despues de despedida esa muchacha: envíala con una esquila á tu hermana política, diciéndole que se la cedes; y si ya no la quiere recibir (como es probable), al menos que no la vea en tu casa, cuando vaya á comer con su marido: es lo menos que la debes; y eres indisciplpable, por no haberlo hecho ya.

Es verdad que para la comida te hará falta: pero tienes que trabajar más: porque ni pue-

des dilatar el convite, ni conservarla: ten paciencia, y soporta con resignacion esos contra-tiempos pequeños, que darán fuerza á tu alma para otros mayores.

FELICIA.

VII.

Hace algunos años, el empeñarse en gastos superiores á la fortuna de cada uno, se miraba como cosa muy elegante: arruinarse era empresa fácil para los que verdaderamente se lo proponian.

Hoy, felizmente, esta creencia pertenece al género atrasado: las ideas adelantan: el progreso intelectual ha traído al moral como inevitable y benéfica consecuencia.

Las mujeres más elegantes de las grandes capitales, las más á la moda, llevan corriente y clara su cuenta de gastos, y miran y leen el

libro donde la tienen escrita con tanto cuidado y cariño como la novela más sentimental y más de su agrado.

Nuestra época tiene las cualidades de sus defectos: es prosáica, es positiva, pero mira con horror las deudas, y ama el método.

Muy pocos años hace todavía que oíamos decir á las señoritas:—Yo no sé hacer otra cosa que dibujar y tocar el piano: todos mis vestidos los hace la modista; no tomo la aguja para nada.

Hoy es ridículo decir esto, y más todavía hacerlo: si alguna jóven nace con propension á la pereza y á la holganza, la oculta, se avergüenza de ella, y hace bien, pues sus alardes conseguirían solo una justa y merecida crítica.

Hé aquí, Julia, lo que dice una de las revistas francesas de más justa fama, y dirigida por una de las más notables escritoras de la nación vecina:

“Un murmullo general se eleva contra el precio exorbitante de las hechuras de los vestidos y confecciones. Se sabe como cosa indudable, que muchas grandes señoras han comprometido seriamente su fortuna por las cuentas de sus modistas; sin embargo, nosotras conocemos algunas que son encantadoras, y que han encontrado un privilegio para vestir con elegancia, sin arruinarse por eso.

¿Y sabéis cómo?

Acostumbrándose á cortar por sí mismas sus trajes, á dirigirlos mientras los cosen sus

doncellas y sus hijas, y á tomar ellas mismas parte en su confeccion.”

No es enseñar á trabajar á las niñas el enseñarlas á bordar medianamente una flor, á fabricar entre sus lindos dedos algunas estrellas de croches ó á bordar una tapicería del género más nuevo, no; las jóvenes de fortuna modesta—que son las más—necesitan saber cortar y coser sus trajes y los de sus hermanos, confeccionar ropa blanca y reformar, no solo sus vestidos, sino toda la lencería de su casa.

Las fortunas no crecen, y antes bien las desgracias de la madre patria, amenguan todos los días los medios de vida de sus hijos. El trabajo, el santo y noble trabajo, es hoy más necesario que nunca. Y solo él puede mantener el bienestar y la tranquilidad de la familia.

Es notoria la creciente antipatía que se va desarrollando en el sexo fuerte hácia el matrimonio. Y en esta aversion, que algunos creen fundada solamente en razones morales, hallo yo también otra material y muy atendible.

El lujo, al invadir las habitaciones, la mesa y los trajes, ha hecho casi imposible el matrimonio para las jóvenes de fortuna modesta, ó que carecen por completo de ella; porque el hombre que cuenta por todo medio de vida con un sueldo—aunque sea crecido—con el ejercicio de una facultad ó con una carrera de recursos no muy extensos, teme mucho no poder sostener ciertos gastos que cree por encima de sus haberes, y lo teme con razon.

A la mujer toca disipar esos temores, y el camino de la dicha conyugal se abrirá para ella; y el hombre, lejos de mirar en el matrimonio el prólogo de su ruina, verá en él asegurada su paz interior, su bienestar, y la dulce certeza de recorrer el camino de la vida, con una compañera amable y previsora, que le convierta las espinas en flores delicadas.

He visto pasar angustias dolorosísimas á algunas mujeres para pagar cuentas de hechuras tan crecidas, que de seguro habian de provocar el enojo de su marido, pues debia traerle un terrible apuro pecuniario, siendo la cuenta mayor que sus recursos del momento: y he compadecido profundamente á esas mujeres, porque no hay gala tan bella, que merezca adquirirse al precio del reposo doméstico.

Los periódicos de modas son una bella y útil necesidad de nuestra época, y en ellos se hallan patrones de gran exactitud para hacer todos los trajes y confecciones que puede necesitar una familia.

Se venden telas muy lindas y á un precio muy módico, que con un poco de buen gusto y de habilidad producen trajes encantadores; ¿á qué pagar, pues, de hechuras mucho más de lo que la tela vale? ¿Por qué no hacerlos en casa, imitando los elegantes modelos que ya en figurines iluminados, ya en grabados en negro, dan con profusion los periódicos de modas?

Quédense las grandes artistas de la moda—que las hay—para aquellas damas cuya alta

posicion y fortuna les permiten los grandes gastos; pero la clase media, ¿por qué se ha de empeñar en seguir un camino que lleva á la ruina, y al dolor? El Pactolo de las arenas de oro, ¿ha llevado un hilo á cada casa? ¿La madre tierna ha abierto sus entrañas para mostrarnos tesoros desconocidos?

¡No! Los medios de vida son los de siempre, son acaso menores, porque nada hay estable en nuestro siglo de agitacion y angustias; ¡y el afan del lujo y la manía de igualdad, crecen todos los dias!

Seamos fieles, mi querida Julia, á la dulce mision que la Providencia divina nos ha impuesto: la mujer, ostensiblemente, tiene poca importancia, y quizá ostensiblemente no debe tenerla mayor; pero moralmente ella tiene en su delicada mano las riendas del gobierno doméstico, y de su buena administracion depende y dependerá siempre la paz, el sosiego y el bienestar de su familia.

Como ya te he dicho en otra carta anterior, querida Julia, será en vano que el esposo trabaje y se afane dia y noche para llevar á su casa la mayor cantidad de dinero posible, si la esposa, con una prudente economía, no trata de secundar sus esfuerzos.

El lujo ha perdido ya gran parte de sus encantos, gracias al abuso que se ha hecho de él: si en un salon lleno de damas vestidas de raso, de encajes y de terciopelos, y adornadas de pedrería, entra una jóven vestida de blanco y adornada con una rosa, esta jóven se llevará

la atención general, porque la sencillez ha llegado á ser distinguida y original á fuerza de ser poco comun.

Ayudemos en lo posible las mujeres á sostener el edificio social, que se derrumba, y opongamos la fortaleza de la virtud y el encanto de la moderacion, á las tentaciones de la vanidad.

Huyamos del lujo, mónstruo devorador que se traga la paz y el bienestar de la familia: pólipo horrible é insaciable, que cuanto más devora más ansía, y que siempre está hambriento.

Para nada nos es necesario: ¿y por qué hemos de admitir el lujo tan caro y tan ruinoso cuando la distincion es tan barata, tan benéfica, tan adorable amiga de la mujer?

FELICIA.

VIII.

Continúo el tema de mi última carta, mi querida Julia, porque nunca creeré que te preparo demasiado contra las seducciones de la vanidad, ahora que estás casada, y que eres responsable de la tranquilidad y del bienestar de toda una familia.

Recuerdo que deseabas ser rica, y que amabas con exceso la elegancia y las diversiones, y estas aficiones que de niña eran excusables; hoy merecerian la más severa censura.

Y no serias tú una escepcion al pensar de este modo, no por cierto.

Generalmente se cree que la riqueza es la fuente de toda dicha; el manantial inagotable de todos los goces; la panacea de todos los males, y el origen de todas las venturas.

A conseguir la riqueza van encaminados todos los esfuerzos del hombre, y el deseo de la riqueza llega á ser una idea fija en el cerebro de la mujer.